

El final de la Guerra Civil: La literatura en la conformación ideológica del Nuevo Estado

Luis S. González Gil
Ricardo M. Martín de la Guardia
Guillermo A. Pérez Sánchez

PROLOGO

En 1939, un teórico del régimen surgido del 18 de julio, Juan Beneyto¹ escribía: «El Nuevo Estado es una organización de tipo asociativo y autoritario, que se enfrenta con el Parlamento y el sufragio atómico y pluripartidista. Exaltando lo nacional, exalta la unidad, y por la unidad la Jefatura, que había sido anulada por el Parlamento. El Partido Unico es la base de esta actitud y concreta el vago concepto de Pueblo en una posición perfectamente tradicional de comunidad que actúa unida y en orden. Unidad, totalidad, autoridad». Principios — estos últimos — que conformaron teóricamente la base del sistema, en cuya condición los periodistas y literatos tuvieron una función sustancial.

La unidad, la totalidad y la autoridad se exaltan como principios necesariamente presentes en el engranaje de los complejos resortes de poder que configuró y, más tarde, desarrolló el nuevo Estado. Con este planteamiento básico, resulta obvia la trascendental misión que desempeñó el sector encargado de difundir esos principios entre la población, justificando todas y cada una de las acciones de los vencedores. De ahí, la importancia del aparato propagandístico — en un amplio sentido de la palabra — acuñado por el nuevo sistema político, así como la de ensayistas, periodistas, escritores en general, que persiguen como objetivo primordial de su trabajo la producción de un discurso legitimador y glorificador del incipiente Régimen. En los primeros años de la postguerra, se configuró una cultura «imperial-totalitaria», que se inscribió en el proceso común a otros países del entorno con los cuales el gobierno español se sintió más identificado².

1. *El nuevo Estado Español. El Régimen Nacional-sindicalista ante la Tradición y los Sistemas Totalitarios*, Cádiz, 1939, p. 22.

2. BOBBIO, N.: *La cultura e il fascismo*, en AA.VV. *Fascismo e società* Torino, 1973.

El repudio de la tradición europea de cariz liberal, considerada intrínsecamente corrupta, el mantenimiento de la unidad ideológica; y una cuestión más propiamente hispana: la defensa de la ortodoxia religiosa, fueron el trípode que sustentó esa base cultural, todavía incipiente, pero ya a salvo de cualquier posible polémica. Por este motivo tuvieron escasa influencia los prematuros intentos de ciertos sectores intelectuales falangistas, encaminados a superar la mediocridad de la «cultura oficial».

«No pensamos solicitar a nadie que venga a hacer aquí apologías líricas del régimen o justificaciones del mismo» rezaba el Manifiesto Editorial del grupo Editorial en el primer número de su revista, aparecida en noviembre de 1940. Esta declaración de intenciones en nada cambió el rígido sistema de censura, tan estrecho de miras que, en su afán de salvaguardar el ambiente cultural, no perdonó ni siquiera a los adictos al nuevo Estado³.

La prensa, los libros, la radiodifusión, etcétera, se constituyen en auténticos instrumentos ideológicos al servicio del poder. Su virtualidad consistió en propagar la ideología dominante para que ésta fuera asumida por la mayor parte de los grupos sociales y de las instancias gubernamentales. El Estado ensanchaba su base de legitimidad gracias a esta práctica de adoctrinamiento de masas, como escribe W. Reich⁴: «(...) en la medida en que una ideología transforma la estructura psíquica de los hombres no sólo se reproduce, sino, lo que es mucho más importante, se convierte en fuerza activa, en potencial material sobre las especies de hombres que han sido de este modo transformados concretamente y que por tanto actúan de manera transformada y contradictoria».

Por tanto, la labor de estos escritores-legitimadores, favorecida por el apoyo material que recibieron del Estado, posibilitó la extensión de la ideología del todo, que pretendió diversificarse en cuanto a sus receptores⁵. Ello sin olvidar su función prístina de dar coherencia ideológica interna al propio sistema, en parte para paliar la inexistencia de un proyecto político claramente definido⁶.

Como hemos tratado de demostrar en las páginas que siguen, no son muy numerosos, pero sí muy reiterados, los temas abordados por estos «escritores oficiales» del régimen en los años 1939 a 1941. Por ser el hecho inmediato de más

3. *La fiel Infantería*, por ejemplo, obra del falangista Rafael García Serrano, que había sido galardonada con el Premio Nacional de Literatura José Antonio Primo de Rivera, en 1943, fue considerada como «muy nociva para la juventud» por el Primado. La Vicesecretaría de Educación Popular requisó la obra y sólo se editó una edición corregida en 1957.

4. *Psicología de masas del fascismo*, Madrid, 1972, p. 30.

5. Vid., entre otros, DELGADO GOMEZ-ESCALONILLA, L.; *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*, Madrid, 1988. GONZALEZ CALLEJA, E. y LIMON NEVADO, F.; *La Hispanidad como instrumento de combate. Raza e imperio en la prensa franquista durante la Guerra Civil Española*, Madrid, 1988. SAEZ MARIN, J.: *El Frente de Juventudes. Política de juventud en la España de la postguerra (1937-1960)* Madrid, 1988.

6. CHUECA, R.; *El fascismo en los comienzos del régimen de Franco. Un estudio de FET-JONS*, Madrid, 1983, p. 180.

trascendencia, la guerra civil, con su variado mundo de héroes y acontecimientos elevados a la categoría de mitos, es uno de los asuntos más manidos, y permanentemente recordados a lo largo del mandato del general Franco. Como resaltó López Pina⁷: «(...) la clase política obtenía fácilmente una legitimación a bajo precio de la apelación a la Guerra Civil y estaba en su interés recordar una y otra vez que ésta continuaba. Debido a una estricta «economía de la legitimación», la cultura política de la España de Franco ha sido acuñada por el espíritu de la Guerra Civil (...)».

La defensa del catolicismo como ingrediente consustancial al ser español ha originado, en gran medida, la guerra del 36-39 que, por ello, se transmuta en Cruzada contra los «sin Dios». Su entroncamiento con las fases más gloriosas de la historia de España, coincidentes con las épocas de mayor exaltación religiosa, constituyen otro de los centros de interés de los panegiristas del Régimen⁸.

Entre otros muchos temas destacables, tiene especial relieve el culto al héroe personificado en última instancia en Franco Caudillo y, en segundo lugar, en toda la pléyade de militares victoriosos, falangistas y carlistas caídos, etcétera, que se constituyen en modelos a imitar por las nuevas generaciones.

Si estos son algunos de los asuntos más frecuentes en los medios culturales propiciados por el Estado, el tratamiento formal que les dispensa la prensa y la literatura es también parejo al otorgado en la Alemania o la Italia del momento⁹. La acentuación de los rasgos perlocutivos del discurso, las altas cotas de formalización, la «monumentalidad idiomática», como ha demostrado Pérez Bowie¹⁰, contribuyen a potenciar el discurso como vehículo de transmisión ideológica. Su plasmación, quizá más evidente, es la retórica maniquea, expresada en la oposición de dos términos, uno positivo (modelo a imitar y a exaltar) y otro negativo (modelo a repudiar), que desempeña la función de archilexema. Así, estereotipos analizados por este autor (como luz/oscuridad, civilización/barbarie, heroísmo/mediocridad, etcétera...) tratan de calar en las conciencias de lectores y oyentes para conseguir una sumisión total al Estado, configurando una cultura de la identificación, propia del momento que analizamos.

7. LOPEZ PINA, A. y ARANGUREN, E.; *La cultura política de la España de Franco*, Madrid, 1976. p. 138.

8. «Por lo que se refiere a la situación española, se codifica definitivamente la legitimación de la guerra como restauración de los valores tradicionales contra la disgregación patriótica-religiosa llevada a cabo por el comunismo (...)» DI FEBBO, G.; *La Santa de la Raza. Un culto barroco en la España franquista*, Barcelona, 1988, p. 28.

9. Especialmente significativas son las obras de ENZI, A.; *Il lessico della violenza nella Germania nazista*, Bologna, 1971. FAYE, J.R.; *Los lenguajes totalitarios*, Madrid, 1974. WINCKLER, L.; *Función social del lenguaje fascista*, Barcelona, 1979.

10. «Retoricismo y estereotipación, rasgos definidores de un discurso ideologizado. El discurso de la derecha durante la guerra civil», en AROSTEGUI, J. (Coord.) *Historia y Memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León*, T.I. «Estudios y Ensayos», Valladolid, 1988, pp. 353 a 373.

I. INTRODUCCION

La radio de galena, el «parte», las cartillas de racionamiento, los desfiles con fusil de madera de «flechas» y «pelayos», el estraperlo... fueron algunos de los fenómenos más característicos de la inmediata postguerra española. Nos ayudaron a conocer la vida cotidiana de los años cuarenta, a entenderla.

Pero la historia es algo más. En los escritos de los ensayistas, eruditos y poetas adscritos al nuevo régimen del general Franco, que hemos analizado, se puede observar la otra realidad: el arquetipo de las virtudes patrias, el canto de las glorias pasadas, la repulsa de los males seculares, la justificación de todo el poder para el jefe — el «cirujano de hierro», providencial — y la exaltación de la victoria.

La inmediata postguerra fue una época de sequía intelectual. Se escribió para glorificar el Alzamiento Nacional y la reconstrucción de España. En el escrutinio de la biblioteca de don Narciso Alonso Cortés¹¹, relativo a obras editadas en 1939, 1940 y 1941 (relacionadas al final del trabajo), hemos seleccionado 14 que ilustran el pensamiento de estos escritores sobre: a) la interpretación de la guerra civil como «Gloriosa Cruzada» y «Reconquista»; b) las críticas a la actuación de la Segunda República española; c) la superación de la desintegración española y la visión del Movimiento Nacional como una revolución social, política y económica; y d) la visión poética de la vida cotidiana y de la mentalidad postbélica.

II. INTERPRETACION DE LA GUERRA CIVIL COMO «GLORIOSA CRUZADA» Y «RECONQUISTA»

El profesor Elías Díaz¹², ha denominado culturalmente el período comprendido entre 1939-1945 como «imperial-totalitario». En él hubo un neto predominio de la corriente cultural «oficial», basada en una pretensión política totalitaria, de constantes referencias al catolicismo, como encarnación del ser tradicional español y cuya ideología se expresó en la tópica frase «Por el Imperio hacia Dios». Ciertamente, muchas de estas afirmaciones de Díaz se pueden constatar en las obras consultadas, y, en concreto, para el epígrafe referido a la visión que los autores de la época aportaron sobre la Guerra Civil.

11. Narciso Alonso Cortés (1875-1972) es «Hijo Ilustre» de la ciudad de Valladolid, doctor en Derecho y Filosofía y Letras, ejerció como Catedrático en los Institutos de Santander y Valladolid. Desde 1916 dirigió la «Casa de Cervantes», en 1920 fue nombrado Presidente del Ateneo y en 1945 miembro de número de la Real Academia Española de la Lengua. De una esmerada preparación intelectual contribuyó a lo largo de su vida a potenciar el mundo cultural vallisoletano, ofreciéndonos en su obra literaria una exaltación decidida de Castilla. Véase: Victorina ALONSO-CORTES CORNEJO: «Narciso Alonso Cortés», *Vallisoletanos*, T. 3. Valladolid, 1984. Celso ALMUIÑA: «Narciso Alonso Cortés y el renacimiento de la Cultura castellana.» como Introducción a *Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones (1907-1908)*, T. 3. Edición facsímil, Valladolid, 1984.

12. ELIAS DIAZ: *Pensamiento español (1939-1945)*, Madrid, 1974.

II.1. *Alabanzas a generales y figuras prestigiosas del bando nacional:*
(Aranda, Caballero, Mola, Moscardó, Varela, etcétera)

Una de las características que, de forma más evidente, muestra la lectura de la mayoría de las obras estudiadas es la exaltación de los generales más famosos que lucharon junto a Franco, durante la Guerra Civil. Las continuas alabanzas, vertidas especialmente en series poéticas, conectan perfectamente con el tiempo en que se componen. En los años inmediatos al final de la contienda, se respiró todavía cierta atmósfera bélica que generó una «cultura de guerra». Este tipo de cultura no poseyó un valor intrínseco, sino que sirvió como instrumento propagandístico al nuevo Estado que se pretendía crear. Llegados a este punto, es cuando podemos analizar el tratamiento que, a través de estas obras, se dio a las figuras más relevantes del ejército.

Si había sido el ejército el que se alzó con la intención de salvar a España de la caótica situación en que se encontraba, resulta obvio que el conjunto de virtudes que adornaban a esta institución se convirtiesen en las más loables, con el propósito de hacerlas extensivas a todo el pueblo. Por tanto, las esencias tradicionales castrenses las elevaron, los autores adscritos al nuevo régimen, a una categoría sociológica a imitar: los valores de camaradería, marcialidad, valentía, tenacidad, etcétera... encarnados en el Ejército debían ser conocidos y asumidos por el pueblo. Así, dentro de este proceso de extensión a toda la sociedad de las cualidades y virtudes militares, y para que todo el pueblo lo comprendiera, nada mejor que mostrárselas a través de ejemplos individuales a imitar. Para ello se buscaron los más cercanos y comprensibles por las masas, es decir, las grandes figuras que triunfaron en el campo de batalla, dentro del bando nacional. De esta forma, creemos, se gestó un proceso de mitificación de los generales victoriosos, pilares básicos y modelo a seguir por la nueva sociedad. El español debe tener presente, por ejemplo, la entereza de Moscardó, que prefirió perder a su hijo antes que entregar la fortaleza a su cargo: —veamos los siguientes versos de Rafael de Balbín—

*— Padre, la vida me piden
si tú el Alcázar no entregas
— Alza los ojos a Dios
y dala con alma entera.*

Tampoco debe olvidar la valentía, casi temeraria, de Varela, que no se protegió ni siquiera cuando las bombas caían a su lado: —del mismo Balbín de Lucas—

*El cuarto obús no rompió
la fuerte ronca corteza,
en el suelo está clavado
manso a los pies de Varela.*

Pero, no sólo se recurrió a exaltar los valores espirituales de los mandos militares como ejemplos válidos a seguir. También se hizo hincapié en su virilidad y cualidad físicas: —del mismo autor—

*Canoso y fornido Yagüe
manda su gente bravia,*

*sobresale como un roble
entre copudas encinas.*

Junto a estos cantos genéricos en que cada una de las figuras alabadas manifiesta una serie de virtudes comunes a todos, los poetas se recrean en transmitir las gestas más famosas que cada general, de forma particular, realizó durante la guerra. Se rememora así algo todavía grabado y presente en las mentes de los posibles lectores de aquel tiempo, glorificándolo y engrandeciéndolo de forma sustancial, con frases altisonantes. Casimiro Cienfuegos dedicaba estos versos al general Dávila:

*Digno y valiente sucesor de Mola,
pronto la enseña nacional tremola
en Bilbao, «villa invicta», ya vencida.*

También Cienfuegos ensalza la participación de Millán Astray:

*Creador afortunado de la Legión gloriosa
de corazón entero, que sus mutilaciones
respetaron, ganadas en altas ocasiones.
Es el cantor excelso de la gloria de Franco.*

En resumen, los literatos de la etapa inmediatamente posterior a la contienda, exaltaron las virtudes del ejército con un afán didáctico, ejemplarizante; y ensalzaron la nueva España a través de la mitificación de aquellas personas que habían contribuido a crearla: los altos mandos militares del bando nacional.

II.2. *Glosa de los principales acontecimientos bélicos de la contienda:* (Tánger, Málaga, Bilbao, Brunete, Alto de los Leones, Belchite, Alcubierre, etcétera)

En estrecha relación con el punto visto anteriormente, se encuentran los cantos apasionados de los hitos bélicos más destacados de la guerra, dentro de la España nacional. La glorificación de los personajes militares destacados fue paralela al engrandecimiento de los hechos más importantes. Dentro de ellos, fueron especialmente tratados los más tópicos: Alcázar de Toledo, Alto de los Leones, Brunete...

La intención de los poetas es la misma, indicada con anterioridad: netamente ejemplificadora, y esto no se le escapa, por ejemplo, al comentarista del Diario *Madrid*, que en el prólogo de la obra de Francisco de Iracheta *La Patria me hace cantar* la alaba como «una magnífica guía de juventudes marciales». Realmente no podía ser menos para el calificado como «poeta militar de España», por otro comentarista (esta vez de *ABC*), incluido en el mismo prólogo.

Rafael de Balbín, «el poeta soldado», como anuncia el comentario al autor en la pestaña del libro, comienza su serie de *Romances de Cruzada* con un poema sobre el Alcázar de Toledo, de cuya lectura se observa el rasgo común a todas las

referidas a acontecimientos bélicos: la elevación a la categoría de hecho mítico por excelencia, grandioso, y su transformación en obligado punto de referencia, por todos los valores que entraña para la comunidad española.

El hecho militar, sus altos mandos protagonistas, y las virtudes que ambos engendran se funden así en un afán didáctico y magnificador: ejemplo claro es la gesta del cuartel de Simancas (Gijón) que Balbín Lucas canta en sus *Romances de Cruzada*:

*En el Cuarto de Banderas
está el coronel Pinilla
armados los oficiales
oyen lo que les decía:
— El Cuartel está cercado
los rojos Gijón dominan,
Franco, el que Xanén ganara,
este solar nos confía:
juramento necesito
de no rendirnos con vida.*

El mismo autor, en el Romance XIV de la obra citada, destaca el valor de los legionarios en la gesta de Brunete:

*Entonces hablaba Franco
el de los golpes certeros
— Hola, mis soldados fieles (...)
habéis de cazar los tanques
como cazáis los conejos.*

Por su parte, Casimiro Cienfuegos escribe sobre Santander (agosto del 37) en su *Cancionero*:

*¡Santander, Santander, ya alzas la frente
ya el yugo de los bárbaros sacudes
¡Santander, por Castilla y por España!*

II.3. *Entronque de estos acontecimientos con gloriosas gestas del pasado histórico: Reconquista, Reyes Católicos, Guerra de la Independencia*

Dentro de la intención prooficialista de apoyo al nuevo Régimen que estos autores mantienen, destaca también su peculiar interpretación de la historia. Pretenden transmitir la existencia de una línea histórica gloriosa de España que culminó con la guerra civil de 1936-1939. Por ello, entroncan y conectan la contienda con una serie de gestas históricas, que se consideran momentos áureos de nuestro pasado: Reconquista, Reyes Católicos, Guerra de la Independencia y Alzamiento Nacional tienen esenciales rasgos comunes, puestos de relieve en constantes referencias y comparaciones de los acontecimientos militares contemporáneos con los de siglos atrás. En cambio, se silencia por completo la «decadente» España del siglo XVII y la del siglo XVIII — «el menos español de nuestros siglos» como había subrayado Ortega. Parece que las palabras que escribiera Julián Pelmartín,

citado por Ricardo de la Cierva en *Historia del Franquismo*, en 1940, inundarán el sentir de estos autores: «Cuando fue Una, Grande y Libre verdaderamente España fue entonces; en el siglo XVI, cuando identificados Estado y Nación con la idea católica eterna, España fue la nación modelo, el alma máter de la civilización cristiana occidental».

Los ejemplos son múltiples. Citaremos algunos: así, Cienfuegos, en su obra citada,

*Esta guerra de rescates, esta nueva Reconquista
contra el odio de la dura negación materialista.*

La vinculación con los Reyes Católicos se resalta en los siguientes versos de Iracheta, de su obra ya citada:

*A la par que en el reino aquél de turbulentas
mesnadas, al cabo disciplinadas bajo el cetro de Isabel.*

También son comunes las alusiones a la Guerra de la Independencia, en versos de Cienfuegos:

*La Gran España que de honor se viste
en otra Guerra de la Independencia.*

Son, asimismo, inevitables las comparaciones entre la defensa de Zaragoza y la del Alcázar de Toledo, veamos los siguientes versos de Iracheta:

*El heroísmo acrisola, por medio del fuego patrio,
miserias que se amontonan, como en el célebre sitio
de la inmortal Zaragoza.*

En nuestra opinión, el mensaje que se quiere transmitir es éste: si los Reyes Católicos unificaron España y en la Guerra de la Independencia se salvó esta unidad frente al invasor francés, la línea histórica de recuperación y salvación de la integridad patria se manifiesta ahora en el Alzamiento Nacional, en virtud del cual ha triunfado la verdadera España, la España tradicional, frente a las tendencias disgregadoras del internacionalismo separatista. Con el nuevo Estado se ha recuperado el destino imperial que España había perdido. Así lo entiende Cienfuegos:

*En el trágico aquelarre que juntó al separatismo
ya tendrán la vida nueva del vital nacionalismo
Y el sentido de la Historia y su España imperial.*

En este proceso de mitificación, y habida cuenta de las profundas influencias recíprocas de la Iglesia y el Estado, se llega muchas veces al paroxismo, cuando los autores introducen en sus obras elementos que trascienden la historia. Se interpretan las victorias militares como «milagros»; las virtudes de los contendientes del bando nacional como propias de héroes y santos; su muerte como la de los mártires. Esta actitud de los escritores «oficiales» concuerda a la perfección con su peculiar interpretación de la Historia: En la Reconquista, los Reyes Católicos se apoyaron en la Iglesia para liquidar los restos de la presencia musulmana (enemigos de Dios). En la Guerra de la Independencia los españoles alzaron la ban-

dera católica contra el Emperador, auténtica encarnación del Anticristo. El ejército nacional del general Franco fundamentó su actuación, en gran medida, en la ayuda que Dios le prestó en su lucha frente al ateísmo materialista. Por ello, las alusiones a Dios, a la Iglesia Católica, y a las gestas «milagrosas» de la guerra son muy numerosas. Iracheta nos lo ilustra:

*... hasta que rompe la mina saltando la base pétrea
donde el altar de la Virgen del Alcázar se sustenta,
sin causar apenas daño en Ella ni en los que ruegan:
¡Cómo ciérmese el milagro sobre la gran fortaleza!*

Con idéntico planteamiento, los jefes militares, dechados de virtudes y cualidades, ganaron la guerra gracias al providencial apoyo divino, de ahí su reconocimiento y agradecimiento al Ser Supremo. Esto escribe Balbín:

*En Begoña está el Caudillo
con la rodilla doblada
dando gracias al Señor
y a la Virgen Soberana*

La utilización partidista que del credo religioso hacen los poetas se manifiesta también en un maniqueísmo acusado: los militares sublevados, y todos quienes les apoyaron, fervientes creyentes, lucharon por la máxima — ya citada — de «Por el Imperio hacia Dios», de ahí que éste se mostrara, abiertamente, de su parte y les guiase, hacia la victoria, frente al republicanismo ateo: (las secuencias de romances que se insertan a continuación son de Balbín)

*a caballo viene Franco
al que Dios guía y le guarda.*

En el mismo Romance de Franco en Vinaroz, el general sublevado dice:

*Hola mis soldados fieles
aguerridas tropas bravas,
cuando de Tetuán saliera
Dios mi camino guiaba.*

Los soldados nacionales tomaron conciencia de la suprema misión que se les había encomendado, por ello su lucha fue brava hasta la muerte. Esta poco importaba, más bien había que abrazarla para comunicar con Dios. No extraña, por tanto, la sobrecogedora serenidad de un falangista en el momento de ser fusilado por los «rojos»:

*Se acerca a un sacerdote
al bajo y oscuro lecho,
absolución le pedía
de sus culpas y sus yerros (...)
balas salpican la aurora
como agudos grillos tercios,
¡Arriba España! gritaba,
su sangre mana en el suelo.*

*Soldados de Franco mueren
ángeles de Dios cruzaron
blanca nevada reciente,*

*las abnas han recogido
del frío lecho de nieve.*

La victoria se presenta, por tanto, como inevitable: El pueblo convertido en milicia —ya lo hemos visto— no lucha solamente por la unidad de la patria —vinculación con la tradición histórica—, también lo hace por el Reino de Cristo —vinculación con la tradición cristiana—. Esta visión subjetiva de los autores analizados no es, sin embargo, algo exclusivo de la exaltación poética. La ley del 24 de noviembre de 1939, por la que se creó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas C.S.I.C., expresaba la siguiente declaración de intenciones respecto al principal propósito de la institución: «El restablecimiento necesario de la unidad cristiana y básica de todas las ciencias, destruida en el siglo XVIII (...). Hay que imponer, en suma, con ayuda de la cultura, las ideas esenciales que han inspirado a nuestro glorioso Movimiento, en las que se hallan reunidas las lecciones más puras de la tradición universal y católica con las exigencias de nuestra época».

II.4. *Contraposición del heroísmo de las filas nacionales con la cobardía y bajeza moral de las republicananas:*

II.4.1. *Gloriosa intervención de la juventud falangista, requetés navarros, legión y regulares:*

Tampoco se olvidaron estos escritores de ensalzar todos los restantes elementos que configuraron el Alzamiento Nacional y colaboraron en la consecución de la victoria en la Guerra Civil: falangistas, requetés, etcétera. Son comunes en todos ellos los cantos exaltados que les identificaron como «salvadores de España». La ecuación que muestran estos escritos es muy clara: Juventud *más* entrega *más* generosidad *más* valentía *igual* falangistas, requetés, legionarios y regulares, sin olvidar los militares profesionales. Muy significativas son las palabras de Iracheta que menciona individualmente a cada uno de estos grupos en sus «versos triunfales». Y escribe con énfasis:

*¡Juventud del Ejército, ensalzada con patriótico ardor
tantas veces por mí, la de la invicta espada, cual
nunca más heroica al ser desenvainada en tierra marroquí!*

*¡Juventud falangista, que por siempre animada de
patriótico anhelo en aquilino vuelo seguiste, en la
gloriosa Reconquista, al Caudillo genial...!*

*¡Juventud invencible de la fuerte Navarra
la de maravillosos requetés...!*

*arrogantes legiones, la Patria se redime de tanta vejación
y adversidad en virtud del sublime sacrificio de vuestra
heroicidad...*

Además de estas loas generales, se glorifica la participación activa y sustancial de estos grupos en episodios trascendentales de la Guerra. Precisamente en estos pasajes se identifica con más fuerza a los combatientes nacionales con los atributos y virtudes que poseen los caudillos militares, explicados anteriormente. De esta forma, se desarrolla con mayor amplitud la intención ejemplificadora que los autores pretenden transmitir: la juventud sana milita en las filas falangistas o del requeté, gallarda y valerosa, sabe vivir y morir por la Idea.

En el Romance del Requeté — de Balbín —, genuina apología de un representante simbólico de este cuerpo, el protagonista huye de casa, deja a sus padres y novia, abandona todas sus tareas y entrega su vida por la causa:

*Boina roja, boina roja,
fuerte mozo y requeté,
¿por qué dejaste la siega
comenzada y sin hacer?
— Porque maltratan a Cristo
y es luchar el mi deber.*

Se subraya también la temeridad de un Regular, que se juega la vida en el asalto a un pueblo por salvar a un niño: (los versos son de Balbín)

*las armas deja en el suelo,
con ágil salto felino
el brazo le echó ligero,
le saca de la pelea
escudándole en el pecho.*

La integración de todos estos grupos de militares profesionales y fuerzas paramilitares ha salvado a España. Su valor y entrega no han sido en balde — Iracheta nos ilustra —: «si todos al servicio de España nos debemos, todos a una tengamos la fortuna de ofrendarle en supremo sacrificio el propio bienestar, en aras del glorioso Estado nacional-sindicalista, fruto maravilloso de nuestra dura y larga Reconquista».

II.4.2. Abnegada participación de hermanas de la caridad y enfermeras durante el conflicto:

Aunque con menor dedicación e insistencia, tampoco dejaron los poetas de cantar las virtudes de las Hermanas y enfermeras que, en los duros momentos de la herida en combate, intentaron salvar a los soldados caídos. Así lo expresa Cienfuegos:

*Con su interés, claro y estoico,
Acude a la batalla
Y alivia el pecho del soldado heroico
Que rompió la metralla.*

*Manos amorosas, blancas y floridas,
Tras de los combates de la guerra cruel*

*os posáis, temblando, sobre las heridas
Y curáis más llagas que Santa Isabel.*

II.4.3. Soldados caídos en el frente:

En relación con todos los grupos militarizados que han apoyado el Alzamiento, los escritores tratan con intensidad el tema de los soldados muertos — caídos— durante la confrontación armada. Es más, la importancia de estos «caídos», como popularmente se les conocerá, fue enorme. Su ejemplo de generosidad para con la patria ha llegado al límite: entregaron su propia vida por la causa, hecho de supremo patriotismo, que nunca deberán olvidar las nuevas generaciones, por si fuera necesaria una nueva intervención de la juventud en pro de Dios o de la Patria. Así lo imagina Balbín:

*¡Lomas de Santa Quiteira
batidas de frío y viento,
falangistas de Aragón
con su sangre las cubrieron!*

También — en versos del propio Balbín — el caído se convierte en héroe:

*Azul, augusta camisa
abriga un pecho rasgado,
en Brunete se ha batido
con terco coraje bravo.*

o en mártir:

*Convocados a la muerte
los sacerdotes vinieron,
callados y alegres mueren,
muere su Obispo con ellos.*

II.4.4. El soldado republicano como cúmulo de antivalores. Críticas a la internacionalización de la guerra a favor del bando «rojo»:

Si las fuerzas nacionales representan la Fuerza y la Virtud, en todos sus aspectos, los soldados republicanos, como contraposición, son denigrados al máximo por los autores prooficialistas. Dentro de esta visión enormemente simplista de la Guerra Civil, («buenos» frente a «malos») sin posibilidades intermedias, las filas rojas son calificadas con escogidos y duros epítetos: cobardes, impíos, amoraes. Son las «lupinas manadas» que menciona Iracheta en un determinado momento, y la «grey impía», a la que se refiere Cienfuegos. Balbín nos los ilustra de la siguiente manera:

Los republicanos son individuos rencorosos:

*A la checa se la llevan
con rencor rabioso y negro...*

También cobardes, como los aviadores que sólo se atreven a enfrentarse a García Morato —el as de la aviación nacionalista— cuando son superiores en número:

*La caza roja venía
por los caminos del alba,
cuando la viera Morato
el corazón le asaltaba:
¡Gracias a Dios que los rojos
se atreven a dar la cara!*

Y, por supuesto, iconoclastas y ateos, como los soldados que queman una iglesia en tierras del Júcar:

*sobre inocentes altares
pies enronquecidos danzan,
con fría sierra degüellan
a la pura Virgen cándida.*

Se abstraen así dos concepciones de los combatientes: El valeroso soldado «nacional», con todos los atributos descritos, y el soldado «rojo» cobarde, traidor, y, sobre todo, ateo, lo que determina que los autores identifiquen la lucha del ejército de Franco como lucha por la Religión.

Muy relacionado con esta denigración del soldado republicano, otro asunto asiduamente tratado es el de la internacionalización del conflicto a favor de la República. Desde la posición cómoda de vencedores, los escritores exageran los apoyos internacionales de la República para magnificar más la victoria de Franco que, de esta forma, se convierte no sólo en vencedor de la España «roja» y «antinacional», sino también en paladín de la lucha anticomunista y antidemocrática, ambas decadentes. Ello conduce, en una secuencia lógica, a la revalorización del papel de España, que ha logrado frenar el avance de estas dos fuerzas (marxista y democrática), ajenas a la civilización cristiana y occidental.

Valgan como ejemplos estos tres pasajes de Iracheta, Cienfuegos y Balbín, por este orden:

*Tremola con orgullo las banderas
triumfales desde el Norte al Mediodía,
ya libres de la ciega tiranía de fuertes
democracias extranjeras, que presumen de
ser libertadoras, y tienen sojuzgadas,
bajo el férreo poder de sus espadas
a naciones inemes...».*

*¡República de masas y masones
Espuma de presidio y villanaje: (...)
¡El Caudillo ceñido de justicia!
¡Coronación de su imperial campaña!
¡Recobre, en fin, su capital España!*

*un mozo de rubia greña:
contra las armas de Franco
se vino desde Inglaterra.*

III. FEROCES CRITICAS A LA ACTUACION DE LA REPUBLICA:

Una de las consecuencias lógicas de toda lucha entre dos concepciones ideológicas diferentes y contrapuestas es vituperar, criticar agriamente al adversario. Se adopta una actitud de carácter pasional o irracional ante aquello que se considera enemigo metafísico del ideal perseguido. Esta actitud se percibe claramente en la literatura española del año 1940, que establece la oposición radical entre la imagen de una España Tradicional, identificada con la época de los Reyes Católicos y del Imperio, y la situación nacional durante la Segunda República, presentada como culminación del proceso de ruptura, iniciado en el siglo XVIII, respecto al «orden tradicional» y momento de colisión de todas las fuerzas enemigas de la España Católica: masonería, separatismo, judaísmo, marxismo...; esto es, en el lenguaje de la propaganda franquista de la postguerra.

III.1. *El «contubernio judeo-masónico-comunista»:*

Dentro de esta concepción, podemos presentar como ejemplo el discurso de apertura del año académico 1940-41 de la Universidad Literaria de Valladolid, realizado por Manuel Ferrandis Torres y titulado *La coyuntura de España*. Sostiene la tesis de que la Guerra de Independencia contra los franceses abrió la posibilidad de una regeneración, pues significó la ruptura con las concepciones *afrancesadas* o ilustradas del siglo XVIII, que se malogró finalmente con el fracaso de la restauración absolutista de Fernando VII, acentuándose, desde entonces, el proceso de decadencia nacional:

Era España la primera que rompía con el siglo XVIII y debía haber sido la primera en recoger los frutos de esta ruptura con la recuperación plena de su personalidad.

Para Ferrandis, la segunda fase de la decadencia española, que comenzó a principios del siglo XIX, culminó en el XX:

A medida que avanza el siglo XX los síntomas de descomposición son más graves (...) Pesimismo y desilusión. El incorregible separatismo, crimen de lesa Patria, el empozoñado comunismo (...) El más desenfrenado ateísmo (...). El internacionalismo, la masonería, el judaísmo

El jesuita Cué Romano, va más lejos en su poema coral-dramático *Y el imperio volvía*. Se refiere a la República como «cinco años de esclavitud» (o los «mal llamados años»), resaltando la subordinación de los republicanos, a los que define como «rojos», a la Rusia Soviética:

La República... cinco años fatídicos, epidemia de maldades y de crímenes, hambre de justicia, de paz, de Dios...; cinco años, ¡España mía!, bajo el yugo de Moscú...

III.1.1. Ateísmo y anticlericalismo:

El mismo Cué señala el furibundo odio antirreligioso de los «rojos», expresado en la quema de iglesias y conventos y en la expulsión de miembros del alto clero, así como de los jesuitas, orden religiosa a la que pertenece el autor del poema:

*Que empezamos por matar
la Religión en el pueblo;
primero con la quema
de tanta iglesia y convento
deshacernos del Primado
mandar los obispos lejos;
después con un buen golpe
bien preparado y certero
resultaron los jesuitas
expulsados y disueltos.*

Rafael de Balbín Lucas, en su *Romances de Cruzada*, insiste en resaltar el anticlericalismo y ateísmo republicano, manifestado en su *Romance del mal arrepentido* con el asalto de las turbas a una iglesia donde, tras cometer actos sacrílegos, acabaron prendiendo fuego al edificio.

El saqueo y destrucción de imágenes religiosa se une al asesinato, tal y como vemos en el *Romance de Puerto Chico*, donde el autor describe la detención de tres militares y un sacerdote, ahogados en el río por los republicanos:

*es sacerdote de Cristo
y han sentenciado que muera*

*Tres militares rendidos...
juntan a morir ahogados
en Puerto Chico los echan.*

III.1.2. Internacionalismo. «Emponzoñado y horripilante» marxismo. La degradación «democrática»:

Otro de los aspectos más destacados es la lucha contra el comunismo internacional, de cuya presencia se culpa a la República que, a la sombra de sus «falsas libertades», incubó el «gran peligro» que hizo inevitable la guerra. Así lo entiende Francisco de Iracheta en sus *Versos triunfales*:

*El árbol carcomido de falsas libertades
por siempre fue abatido...*

*... a fuerza de heroísmo se liberta una Patria
del poder furibundo del más horripilante comunismo.*

También se ataca a las democracias europeas que apoyaron a la fenecida República, mostrando su defensa de la libertad como una postura única e hipócrita en naciones con amplios imperios coloniales:

*... la ciega tiranía de fuertes democracias
extranjeras que presumen de ser libertadoras,
y tienen sojuzgadas, bajo el férreo poder de*

*sus espadas, a naciones inermes que en apacibles horas
vivieron sin las garras de ajeno despotismo.*

Tampoco se pierde ocasión para señalar la solidaridad de los comunistas de todo el mundo con la causa republicana, visible en el envío de los voluntarios de las «Brigadas Internacionales». En el *Romance del moribundo*, Balbín cuenta la historia de un brigadista inglés que, herido de muerte, se arrepiente y muere confortado espiritualmente:

*Un mozo de rubia greña
contra las armas de Franco
se vino desde Inglaterra,
los ojos llenos de muerte
y las entrañas abiertas,
pide que Cristo venga
la angustia de sus miserias...*

*Cuando el sacerdote hace
la cruz
requetés y legionarios
las nobles armas presentan
a los campos baja Cristo
por una pérdida oveja...*

III.1.3. Separatismo:

Otra de las «bestias negras» de la literatura de postguerra la constituye el separatismo vasco y catalán. La concesión de un Estatuto de autonomía a Cataluña y más tarde, en plena guerra, al País Vasco se considera una traición de lesa Patria, una ruptura de la Unidad Nacional, un crimen contra el «espíritu imperial» de España, traicionada por las regiones más prósperas que le debían su poder y riqueza. De este modo se expresa el *Cancionero* de Casimiro Cienfuegos al respecto:

*Por volver contra la Patria su riqueza y su poder
contra quien hizo posible su potencia y su tesoro
y tornola poderosa y trocó su fe en oro,
y forjó su señorío y lo hidalgo de su ser.*

La guerra civil adquiere tintes de «reconquista», de restauración de la unidad nacional perdida en el «trágico aquelarre del separatismo», fruto del monstruoso «contubernio» que pretendía desmembrar España en contra — como dice Cienfuegos — «del sentido de la Historia y su espíritu imperial».

III.1.4. Masonería y judaísmo:

Por último, encontramos referencias a la masonería. Estaba muy extendida la creencia de que la República española fue obra de masones, y en ese sentido se la califica con frecuencia de «República masona», y también, curiosamente, de «República judía». Masonería y judaísmo eran las dos fuerzas ocultas que ha-

brían conspirado contra la Monarquía para instaurar la «maldita» República, contra la que Cienfuegos no ahorra denuestos:

*¡Ay!, cuanto atesoró la Monarquía
Malbarató la República judía!*

*¡República de hetairas y ladrones
valientes para el crimen y el pillaje
República de hampones
República de masas y masones
Espuma de presidio y villanaje
República de fango, sangre y lutos
Planta maldita de malditos frutos.*

La pertenencia de muchos de los principales dirigentes republicanos a la masonería — como Melquiades Alvarez, Alejandro Lerroux, Manuel Azaña y otros —, así como la coincidencia ideológica entre la declaración de principios de la Gran Logia Española (mayo de 1931) y los objetivos políticos perseguidos por la República (separación Iglesia-Estado, enseñanza laica, matrimonio civil y divorcio, Estado «federal», usufructo de la tierra por los campesinos no propietarios, etcétera), llevaron a la creación, por parte de la propaganda franquista, del mito de la «República masona».

IV. SUPERACION DE LA DESINTEGRACION ESPAÑOLA: EL MOVIMIENTO NACIONAL, UNA «REVOLUCION SOCIAL, POLITICA Y ECONOMICA»:

El 18 de julio de 1936, el «milagro se realizó»: «El Alzamiento Nacional, la guerra liberadora iniciada por nuestro providencial Caudillo y conducida por él hasta la total y definitiva victoria, abrió ante nosotros la mas difícil y la más decisiva de las coyunturas de nuestra Patria». Para Ferrandis Torres — Catedrático de Historia de España Moderna y Contemporánea —, según puso de relieve en su discurso de apertura del curso académico 1940-1941, en la Universidad literaria de Valladolid, tres fueron las grandes ocasiones en que se mostró al mundo el verdadero genio de España: la primera, fue la aventura de América; la segunda, la expulsión del francés por el arrojo del pueblo llano, que rompió con el siglo XVIII — germen de todas las desdichas de España —; y, finalmente, la guerra de 1936, donde «el alma nacional desbordada arrolló a los enemigos que la encadenaban y supo mostrarse al mundo en su genuina personalidad». La labor inmediata a realizar, tras la gestión republicana, era erradicar las causas de la disolución nacional: el separatismo, el comunismo, el ateísmo, el internacionalismo, la masonería, el judaísmo. El «contubernio judeo-masónico-marxista» fue anulado por el Movimiento Nacional y su «revolución nacional-sindicalista» en su triple faceta política, social y económica.

IV.1. *Justificación histórica de los «régimenes fuertes»:*

La primera misión de la propaganda oficial fue justificar la concentración de poderes en el jefe carismático: Franco era jefe del gobierno del Estado, cabeza nacional del Movimiento, generalísimo de los ejércitos de tierra, mar y aire, y Caudillo de España. Lo tuvieron fácil, el nuevo régimen se vinculó ideológicamente a los totalitarismos italiano y alemán — imperantes en la Europa del momento —: Alemania era el ensueño, el rayo de luna; Italia, la luz del arte, patria del César.

Pero también, como veremos a continuación, se entroncó con la Grecia antigua y, cómo no, con la gloriosa tradición española.

IV.1.1. Las raíces en la Grecia Antigua:

Antonio Tovar —joven falangista y propagandista oficial del nuevo Estado Nacional— escribió una obrita *En el primer giro* —Estudios sobre la Antigüedad—, en 1941, cuya tesis central se encontraba en unas notas de «historia griega o viejo camino desde el gobierno burgués a la disolución en la lucha de clases». España para ser fuerte tiene que apoyarse en Castilla: logrando la reintegración del sentido imperial castellano, y renunciando al olor a región. Pero también, buscando la adhesión a la gran obra universalista de las demás regiones españolas y de la «provincia escindida de Portugal»: «la cultura exige ojos abiertos hacia los cuatro vientos y posibilidad de asimilarlo todo imperialmente». La gran oportunidad de España se fraguó en la unidad peninsular. Y, precisamente, la decadencia de la Grecia clásica vino por la disgregación localista y por la decadencia de las instituciones —la democracia—, que abocó a la «lucha de clases»: ...«el fracaso político de Grecia se consumó, fundamentalmente, por no haber sabido superar la lucha de clases, por no haber dado con la clase victoriosa de un régimen que estuviese por encima de las clases (el —nacionalsindicalismo—), más alto que la revolución y la reacción; por no haber descubierto esa cosa romana que es: el imperio (y el Fascismo)». La salvación de España la logrará la doctrina nacional-sindicalista, que pudo sobreponerse al torbellino de guerra social (en el que España se encontraba) «con el corazón y la cabeza». Si Grecia se perdió en las tinieblas fue porque «no supo hacer algo parecido a la revolución del César —continuidad de los Gracos—». España para no perderse, así mismo, deberá mirar a la nueva Roma —a la Italia de Mussolini— y recuperar los «valores eternos», que el «viejo orden» decadente había refutado periclitados: ...«Porque precisamente la llamada suprema a la sangre, al instinto revolucionario, militar y guerrero es la esencia de nuestro desesperado afán nacional-sindicalista de rehacernos una patria... de destino en lo universal».

IV.1.2. Vinculación a la gloriosa tradición histórica española:
«Inquieta, dinámica y revolucionaria»:

La esencia de la «España eterna» se forjó en los ochos siglos de luchas contra el infiel: el paladín de esta España fue Rodrigo Díaz de Vivar —El Cid Campeador—. Y la ocasión de demostrarla llegó en el reinado de los Reyes Católicos: «modelo incontrovertible de la tradición española»... «nunca fue España tan dinámica y tan revolucionaria». Tan es así, que esta época marcó la primera coyuntura del esplendor español: se emprendería la ruta de la verdad que llevó al descubrimiento de América y a la España Imperial del César Carlos, y el Siglo de Oro. Era la llamarada de universalidad (que el nacional-sindicalismo haría suyo): «La España universalista de las cuevas de Altamira y la Dama de Elche, la de los Séneca y San Isidoro, la del descubrimiento de América y la primera vuelta al mundo, la de Pavía, San Quintín y Mühlberg, la directora de Lepanto, la inspiradora de Trento...». Luego, la decadencia que encontró su punto más degradante en el siglo XVIII —el culpable de todos los males de España para los panegiristas del nuevo régimen nacional, como ya hemos explicado—, con el que era necesaria la ruptura, que se consumó en la gloriosa gesta de la Guerra de la Independencia contra el francés —donde los españoles como el general Elío defendieron la esencia misma de España—: «la vencedora de Bailén» que ahora, de nuevo, ante la tercera y más decisiva coyuntura de su historia «volvió a tener al mundo entero suspenso de admiración, palpitante de ansiedad, ante la gesta sobrehumana del Alcázar de Toledo».

Y qué mejores testigos que las piedras para la remembranza heroica del mejor legado de España, al que los panegiristas del régimen dedicaron frases encendidas, como las que reproducimos, a continuación:

— El Monasterio de Silos fue identificado con el fervor religioso y con las virtudes tradicionales castellanas:

*¡Claustro, salterio del yermo!
¡voz, retablo, cruz, espada!*

*Silos, hogar de quietudes
voz de Castilla la brava;...*

— El Castillo de la Mota, testigo de las rutas más sobresalientes de la Castilla medieval:

*A la paz de tu enseña caminaba
la rica trashumancia de la Mesta...*

*Para formar la guardia de Tu Castillo
dame la espada limpia de Isabela.*

— El Castillo de Frías, vigía de la aldea y orgullo de los lugareños, buen pueblo con todas las virtudes rancias de la raza.

— Santillana del Mar, descanso del caballero, donde tienen su aposento la doncella, el escudero y el juglar.

— La Catedral Vieja de Salamanca, remanso de paz y lugar para armar caballeros:

*En buena hora ciñó espada
por su recio cabalgar.
Cruz martillada traía
con su báculo al altar.*

— El Castillo de Peñafiel, el hogar de don Juan Manuel, la peña más fiel de Castilla, prototipo de las carabelas castellanas que surcarán el mar, conduciendo al nuevo mundo a Colón y Hernán Cortés.

— El Monasterio de la Huelgas, escenario de las mayores gestas de España, pasadas y presentes, pues bajo sus pórticos pasó Franco, ejemplo de los mejores caballeros:

*Alta su frene alcorniada,
ronca de luchar su voz.*

Que acabó con los traidores a la Patria:

*Hecha jirones la tienda
de un fementido traidor.
Sobre el yunque de Castilla,
en tierra de promisión,
forja en la piedra del templo
su martillado blasón:
España y sed de justicia,
POR EL IMPERIO HACIA DIOS.*

— Puerta de San Vicente de Avila, por donde pasaron reyes, caballeros, hijosdalgo y la monja Teresa:

*rumorosa la carreta con toldillo
de la monja de Cepeda castellana...*

— El Alcázar de Segovia, barbacana de Castilla para una nueva época:

*Rodales de luz y bruma
te acunasen palaciego:
velaron de amanecida,
tu sueño azul de luceros.*

Toda una sinfonía de piedra inacabada donde cimentar la nueva España, que sueña el nuevo orden del glorioso Movimiento Nacional, con el Caudillo Franco.

IV.1.3. El ejemplo de algunos de los «mejores hombres» de España:

El asesinato de José Calvo Sotelo proporcionó inspiración a los poetas del régimen, para ilustrar el clima de odio e incompreensión de la primavera trágica de 1936; para mostrar su profunda indignación por la pasividad del pueblo ante el execrable magnicidio; criticar con dureza a los culpables; y ensalzar su muerte como martirio que fecunda la futura España. Casimiro Cienfuegos es el autor de los siguientes poemas que ilustran, de modo fuerte-expresivo, lo que acabamos de decir:

— *La primavera trágica de 1938:*

*Júralo, España, que tu honor se empaña
Por vuestro honor, juradlo, castellanos:
Matar quisieron la alta luz de España,
¡Mueran de mala muerte los villanos!
¡Tú, que gritaste ayer!: ¡Venganza y guerra!
Tienes que gritar hoy: ¡Guerra y venganza!*

— *La sangre de Calvo Sotelo:*

*«Y esa sangre de Mártir, vencedora
que holló la noche lóbrega, infernal,
Esa sangre, de nuevo, lozanea*

*Y con vivos vislumbres alborea
En tu estirpe magnífica, genial».*

— *La abominación de los culpables:*

*Fueron bandidos de sinistra facha
Sicarios de un gobierno traicionero
Al caballero sin miedo y sin tacha
¡Y mataron de noche al caballero!.*

Pero el mito indiscutible creado por el nuevo Estado fue el de «El Ausente», en honor de José Antonio Primo de Rivera, cuando todavía se tenían esperanzas de que fuera canjeado y devuelto a la España nacionalista. El mito — convertido en leyenda — llenó la geografía patria de esperanza en el regreso de aquél a quién los romances populares calificaban como «el mejor hombre de España». Más tarde, se confirmó su muerte — fusilado en la prisión provincial de Alicante — y se convirtió en «Presente» (José Antonio, ¡Presente!). Y la propaganda llenó todos los rincones del país de su juvenil semblante: el retrato sobre él confeccionado constituyó un postrer homenaje a su estirpe, personalidad y pensamiento («un pensador para un pueblo»). El siguiente poema de Cienfuegos es el mejor ejemplo de las nostálgicas alabanzas y referencias a «El Ausente»:

*De noble estirpe ramo floreciente
Al beso de la brisa perfumada.
El prefirió la racha huracanada
Y alzó su brazo contra el viento hirlente*

*Se siente la presencia del «Ausente»
Alta la frente, firme la mirada
Camisa azul en el azul del viento,
haz de flechas y yugo en la pechera
de Isabel la Católica el aliento.*

*Céfiro es de la nueva primavera
Y florece triunfante el pensamiento
De José Antonio Primo de Rivera.*

Los símbolos de La Falange — como veremos más adelante— se convirtieron en símbolos del nuevo régimen: la propia figura de José Antonio — como hemos visto —, la camisa azul — azul mahón color obrero y proletario —, el yugo y las flechas, y el «Cara al Sol» fueron proclamados patrimonio nacional y esencia misma del nuevo Estado surgido del «18 de julio».

Al mismo tiempo que en la sangre de los nuevos «mártires» de nuestra singular «Cruzada», otro pivote para la justificación del régimen fue la invocación al magisterio de Menéndez y Pelayo, símbolo del tradicionalismo cultural español e inquisidor de los «heterodoxos» españoles; cabeza de puente hacia la España de siempre — del Siglo de Oro —; y nuevo sol de España. Así presentó Cienfuegos al maestro de la Historiografía literaria nacional:

— *Coronación de Menéndez y Pelayo:*

*Hasta el lugar florido
De un alto soto llega
En grupo de allí escogido
Con un varón se ven
Lulio, Fray Luis, Cervantes,
el gran Lope de Vega .*

(...)

*¡Salve inmortal Maestro
De la Ciencia y el Estro
el más genial tesoro!
Menéndez y Pelayo
brilla en tu prosa de oro
que el Arte cinceló
tus páginas serenas
¡Tú eres la alta montaña
de Dios que sube al cielo!
y el nuevo sol de España
¡Qué nunca se pondrá!*

IV.-2.-Soportes del Nuevo Estado

Con el surgimiento de la Nueva España, las bases sobre las que se edifica el país han cambiado. Los propagandistas del régimen lo saben muy bien, y utilizan los medios a su disposición para engrandecerlas y hacerlas asumibles por el pueblo. El caudillaje, la profusión de los nuevos símbolos del Estado y el principio de capitalidad, como cumbre de la centralización y unidad de la patria, son algunas de las constantes tratadas por los nuevos «intelectuales» del régimen.

IV.2.1. El Caudillo, jefe «milagroso y providencial»:

«¡Franco! ¡Franco! (...) Sin cesar su nombre glorioso vibre en la nueva España libre». (Iracheta, *La patria me hace cantar*).

A las nueve menos cuarto de la mañana, del día 19 de mayo de 1939, Francisco Franco, con uniforme miliar y camisa azul, llegaba a la tribuna instalada en la rebautizada avenida del Generalísimo, para presenciar una parada militar, que se prolongaría cinco horas. Durante esta celebración, el general Varela, único bilaurado del Ejército español, le impuso la «Gran Cruz Laureada de San Fernando», máxima condecoración militar.

Al día siguiente, el 20 de mayo, el Generalísimo recibía la bendición de la Iglesia. En el templo de Santa Bárbara de Madrid, y tras el tedéum, el cardenal primado de España, Isidoro Gomá, bendijo a Franco. Este, ante el Cristo de Lepanto y la Virgen de Atocha, desenvainó la espada y la entregó al prelado, que la colocó sobre el altar. Franco, entre otras, pronunció estas palabras: «Señor, acepta complacido el esfuerzo de este pueblo, siempre tuyo, que, conmigo, por tu nombre, ha vencido con heroísmo al enemigo de la Verdad». Este mismo día, por la tarde, acudía a El Escorial para postrarse ante la tumba de Carlos V. Toda esta serie de actos protocolarios fue seguida por multitud de personas que saludaban «a la romana» a Franco.

Reconocido por el Ejército como salvador de la unidad y permanencia de la patria y defensor del propio estamento militar; «uncido» por la Iglesia como paladín de la religión católica, única verdadera; apoyado por las potencias del Eje, asumido por muchas democracias y con un indudable reconocimiento dentro de la población civil; Francisco Franco se convirtió, en la pluma de los corifeos del régimen, en *El Caudillo*.

A imitación del contenido de la teoría del «Führerprinzip» alemán, el Caudillo personificaba el espíritu del «Pueblo», al recoger en su fuero interno las aspiraciones y las virtudes de la comunidad nacional. Este hombre —reputado de excepcional— enlazaba con la línea de los grandes personajes que habían movido la Historia —Carlos V, Felipe II—, y gracias a su acendrado espíritu de «servicio y sacrificio» había vencido en la guerra al «enemigo de la Verdad», y, por ende, de Dios.

La descripción de Casimiro Cienfuegos sintetiza perfectamente la visión que del Caudillo tenían sus panegiristas:

*Este español de presencia grata
Hidalga y señorial, casi aguilero
rostro de óvalo fino, hebras de oro
en el negro cabello, y un risueño
mirar de ojos alegres, más que graves
de un noble sonreír, graves y suaves
Amable y pensador, hondo y atento
de desembarazada y lisa frente
Dominador, con su comedimiento
con la gran confianza que le inspira
su expresión de bondad a quien la mira
Este español de la gentil presencia
gallarda y varonil, tan bien plantado
espejo claro de virtud y ciencia.
Magnánimo, prudente y esforzado
de luminosa y viva inteligencia
De ardiente corazón apasionado*

*Cristiano y español, noble y sencillo
Este es de España, el inmortal Caudillo».*

IV.2.2. Nuevos símbolos: la bandera bicolor y las enseñas falangistas:

«Cada vez resulta más evidente que el hombre es un ser esencialmente simbólico». Esta afirmación que Mircea Eliade sostiene desde un punto de vista antropológico, podemos aplicarla al campo político. La identificación de toda una praxis política, de todo un régimen, con una simbología resulta evidente en la España de postguerra. Parece que a través de estos símbolos, el pueblo podía captar lo invisible por lo visible, podía entender las grandezas del nuevo Estado mediante el fasto del simbolismo. A partir de abril de 1939, los símbolos del republicanism —hoces y martillos, banderas rojas, la enseña tricolor— fueron suplantados por los del régimen del «18 de julio». Todos los rincones de España, desde los pequeños pueblos hasta las grandes ciudades, se vieron invadidos por un conjunto de emblemas —los de la Falange— hasta hacía poco utilizados solamente por una minoría militante.

Las camisas azules con el yugo y las fechas bordadas en rojo —«El yugo es la yunta; la junta. Las Juntas de nosotros, nuestra propicia coyuntura histórica (...). Las flechas hienden las mañanas de España. Hienden. Ofenden. Son la ofensiva de una raza, de una juventud que pretende imponerse ahora»— se extendieron por doquier.

La bandera roja y negra falangista, los tradicionales colores del sindicalismo revolucionario, ondearon, vaciados de contenido, en todos los lugares de España.

«Nuestro escudo huele a garrote y a fragua, y a pan y a vino, y a sol, y a eternidad», escribía Rafael Sánchez Mazas.

Pero excepto algunos iniciados en el conocimiento de la Falange y su simbología, probablemente cualquier agricultor de un pequeño pueblo de la meseta o el pequeño comerciante de alguna localidad de tipo medio no veía nada más allá que una flecha y un yugo sobre fondo negro. Eran, simplemente, nuevos signos externos de la *Grandeza que se prometía. Nuestro símbolo es el equilibrio duradero entre un pasado horizontal – el yugo– y la ascensión vertical, celestial, de un futuro: las flechas. Habrá que reconquistar nuestra patria a flechazos, a golpes de carriño. Amorosamente. Duramente. Como se conquista a la mujer que parirá a nuestros herederos.*

Principios verticales y horizontales, trascendencia imperial, etcétera. Un mundo excesivamente complejo, cuyo alcance es sublimado por el poeta:

*Yo llevo tu mirada
c̄omo una flecha en alto
hacia las cumbres m̄iticas
en el azul lejano.*

(Alonso, *Piedras de Romancero*)

Más trascendencia tiene la recuperación de la bandera bicolor, la tradicional enseña de la «gloriosa Monarquía» española, cuya recuperación se asocia al resurgimiento de España, caminando ambos inextricablemente unidos. Esto dice Cienfuegos:

*Será su nombre símbolo
de honor en tierra extraña
y en el clamor espléndido
del nuevo sol, España.*

Si el Caudillo encarna las virtudes patrias de la comunidad, la bandera bicolor es la representación palpable de esa abstracción llamada España. En la bandera se manifiestan también los nuevos (siempre recuperación de los tradicionales) valores de la Patria como contraposición – al menos así lo entienden Cienfuegos – a la antiespañola enseña republicana:

*Que si en España uniera
siempre Catolicismo y Monarquía
la bicolor bandera
la tricolor unía
república, laicismo y bandería.*

Si el Caudillo ha sido bendecido por la Iglesia, tampoco en la bandera falta el componente sacro, religioso, por eso ahora «la juventud española levanta la Cruz y la Bandera».

IV.2.3. Capitalidad tradicional: Burgos. Tendencia a la centralización: Madrid:

Elemento significativo del nuevo Estado es la capital. Centro neurálgico del poder, en ella residen los órganos de una administración cada vez más centralizada, y en la cúspide de todos, el Caudillo. Los escritores no se olvidan de su importancia, como demuestran los cantos dedicados a las dos ciudades consideradas claves en la guerra civil: Burgos y Madrid.

Burgos tiene la particularidad de haber ostentado la capitalidad temporal desde que quedó constituida en ella la Junta de Defensa Nacional, presidida por el general Cabanellas. Burgos, que ha acogido a la España nacional, entronca este momento cumbre en su historia con su glorioso pasado, como alma de Castilla y de España. Casimiro Cienfuegos dice de ella en su *Cancionero*:

*Ciudad a quien respetan las injurias
de la roja barbarie antiespañola.*

Y tras referirse a la belleza de su catedral, alude a las glorias históricas:

*De Alfonso tomó el Cid la fuerte jura
y juro y venturas confirmadas
a Colón por su altísima aventura.*

El tratamiento que recibe Madrid es similar. Grandeza actual y pasando excelso configuran las constantes sobre las que los autores trazan sus poemas, en contraposición con la trágica situación del Madrid republicano, que se resiste a capitular. Así nos lo ilustra Cienfuegos:

*Pueblo del dos de mayo valeroso
al extranjero, al bárbaro entregado.
Pueblo del Cid, de Alfonso y Malasaña*

*¡Tú en armas contra la Madre España!
En otra Guerra de la Independencia
más tú, ciudad alegre, ahora triste,
¿Qué hiciste de tu Paz y tu opulencia?*

IV.2.4. Enalzamiento de la patria con el lema: «Una, Grande y Libre»

El grito exaltado de ¡España Una, Grande, Libre! que las J.O.N.S. (Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalistas) de Ramiro Ledesma y Onésimo Redondo incorporaron a la Falange, pasó posteriormente al Movimiento Nacional, convirtiéndose en patrimonio de todo el régimen. Más de una generación de españoles repitió hasta la saciedad esta consigna, sin preguntarse si detrás de su efectismo retórico había algo más. Sólo una minoría interpretaba según su propia estimación lo que podía significar el grito ritual. Manuel Ferrandis Torres escribió en

1940: «Haremos la España UNA: unidad material, espiritual, política, social, económica, religiosa, de ideales (...) España GRANDE: por su pasado, y por su presente, y por el porvenir (...) España LIBRE: libertad material, espiritual, ideológica, de acción». Sin embargo, el transcurrir de los años no parece que diera la razón a dicho profesor.

IV.2.4.1. Unidad:

- a) Reivindicación del protagonismo de Castilla como conformadora de la unidad, frente a los «separatismos»:

La afirmación de que Castilla era la cuna y baluarte de la España unida convirtió en tópica la función que esta región desempeñó en la historia de los reinos peninsulares y en su paulatina integración. En este proceso de mitificación del antiguo condado participan los escritores de postguerra, que insisten constantemente en esa «Castilla: guía de España»: Sus habitantes son cúmulo de las virtudes auténticamente tradicionales; sus tierras, expresión viva de ascetismo, de fuerza, y también de generosidad. Todo ello compone la esencia del «ser español».

No olvida ninguna de estas características Martín Alonso en su poema castellano *Piedras de Romancero*, loa enardecida de las cualidades del hombre castellano como abstracción del mismo:

*Austero, madrugador
estoico, fuerte, altivo (...)
que en ancha capa de paño
lleva un hidalgo dormido.*

No se ensalzan exclusivamente estas virtudes envidiables. También se exaltan los elementos peculiares de los pueblos de la meseta (arcos, fuentes, plazas...) o de la vida cotidiana en ellos (trilla, mesones, juntas...). Muy significativo es el caso de Martín Alonso, que dedica íntegramente la segunda parte de su obra, ya citada anteriormente, a estos cantos apasionados. Así, por ejemplo, refiriéndose a la labor de la trilla, expresa lo siguiente:

*Saltan en la parva
los bieldos voltean
los densos tablares
de la espiga seca.*

Y hablando de la clásica capea festiva, manifiesta:

*Pasa a ojo los novillos
un montaraz corredor
bien ceñido a la jineta
en su caballo veloz.*

Se ensalza a la Castilla agraria, campesina, dentro de un ambiente atemporal, áureo, pastoril, idealizado:

*Castilla despierta yerna
con el campo en equilibrio
por el timón del arado
arrastra su poderio.*

Pero todo este esfuerzo por reivindicar el protagonismo castellano no tendría sentido sino se intentara trascender la propia Castilla. La tierra que ha unificado España y que le ha dado un «destino en lo universal» con la conquista de América, y que debe recuperar su destino imperial. Antonio Tovar lo expresa así: «Se trata, pues, de un esfuerzo hacia la reintegración del sentido imperial castellano». Efectivamente, la intención es devolver la «Grandeza» a Castilla —que es lo mismo que decir a España— y reasumir su destino imperial, universal, para hacer realidad lo que la Historia le ha reservado. Veamos, como ejemplo, el siguiente párrafo de José Antonio Primo de Rivera, en su discurso de proclamación de Falange Española de las J.O.N.S., en el teatro Calderón de Valladolid, el 4 de marzo de 1934:

Tenemos mucho que aprender de esta tierra y de este cielo de Castilla (...). Esta tierra de Castilla, que es la tierra sin galas ni pormenores (...) la tierra como depositaria de valores eternos, la autenticidad de la conducta, el sentido religioso de la vida (...). (Castilla) no ha sabido nunca ser una comarca, ha tenido siempre que aspirar a ser un Imperio.

- b) Contemplación de las peculiaridades regionales desde una perspectiva puramente folklórica y de costumbres arraigadas desde el Medievo:

Pero, evidentemente, no todo es Castilla. Las patrias chicas hacen una llamada a los escritores salidos de ellas para que las den a conocer, aunque siempre dentro de las coordenadas que impone el momento. Un ejemplo espléndido se corresponde con el *Retablo de Curiosidades. Zambullida en el alma popular* de José María Iribarren. El autor, sobre la base de anécdotas y experiencias propias vividas en su Navarra natal, estructura el libro en pequeños apartados, en cada uno de los cuales trata un asunto de tipo popular.

Con esta obra, aparecida en 1940, el autor, que ya había tratado temas más en consonancia con la época (algunos trabajos sobre Mola), trata de distindir las tensiones vividas poco tiempo antes, y se recrea con chascarrillos, cuentos cortos, o mitos de su tierra. Pero nadie mejor que dicho autor para expresar sus propias intenciones: «Mi única pretensión es la de recoger y rejuntar una serie de datos folklóricos, históricos o meramente eutrapélicos referentes a mi Navarra».

Efectivamente, por las páginas del libro van pasando desde los ciegos de jularía a personajes típicos de algunos pueblos navarros —como un tal Catales «insigne ejemplar de ese genio chancero y chusco que produce la tierra que mira al Moncayo»—. Desde las brujas célebres y brujos —proceso de Zugarramundi,

donde la Inquisición quemó, en 1610, a siete brujas —, hasta el «tío Patugorda, un roncalés bastante bruto, hizo la de comerse una almud de habas antes que su pollino. Y le ganó».

Este marasmo de situaciones y personajes no debe extrañarnos cuando el propio Iribarrem afirma que: «En este libro encontrarás de todo; como en botica (...) Notarás, sin embargo, que he zurcido esta sarta de cosas tan dispares con un hilván común: y es el hilván de lo popular, del genio y el ingenio rurales».

En definitiva, una visión particular del regionalismo navarro que reivindica lo popular y tradicional de una tierra, con el propósito de reducir las aspiraciones nacionalistas a su elemento básico: el folklore y las seculares costumbres comunes. Pero, pese a esta intencionalidad, la obra supone un marcado contraste con el efectismo y la grandilocuencia de la mayoría de los escritos analizados.

IV.2.4.2. Grandeza: anhelo de reconstruir la España Imperial

«(...) Son muchos los pueblos que la Historia ha enterrado y no son menos los que se hallan en edad juvenil, pero no faltan tampoco los pueblos de inagotable vitalidad, de supervivencia continuada y persistente (...) Entre ellos, en lugar preferente, con acusados rasgos de un destino en lo universal, se halla España». (de la referida obra, *La coyuntura de España*, de M. Ferrandis).

La España UNA, unificada bajo Castilla y enriquecida con las aportaciones de las demás regiones, debe ser también GRANDE. Y no hay más «Grandeza» que haberse proyectado en lo universal, haberse convertido en «Supernación» — en palabras del filósofo Julián Marías —. España ha trascendido su propio ser y lo ha trasplantado a una nueva tierra a la que ha dado organización, cultura y religión: América es la «Grandeza» de España, puesto que es su Imperio.

a) Lazos indisolubles que vinculan a España y América:

(Continuamos con Ferrandis) (...) «Y llegó la aventura de América, la primera gran coyuntura que ofrecía Dios al desarrollo del pueblo español».

Los corifeos del nuevo Estado tienen especial predilección por el tema americano. Si se trata de entroncar con el glorioso pasado nada mejor que insistir en la labor que llevó a cabo España en los territorios de Ultramar. La intención resulta obvia: Enalzando a América, se magnifica también a España. Así lo hace Cienfuegos:

*¡Perla de oro del mágico sueño
que soñara Cristóbal Colón!
Esplendorosa América española
que siempre el alma hispana añora y sueña.*

El vínculo de unión indiscutible entre España y América es el idioma. En ello radica la misión más trascendental de la Academia Española de la Lengua: No sólo en conservar ésta, sino en estrechar los lazos de unión que engrandecen a España. El sueño del Imperio español todavía ronda las mentes de los intelectuales de Franco. «En la Academia Española, por su ministerio y magisterio de la lengua castellana, supremo vínculo de los pueblos trasatlánticos con su antigua metrópoli, la Casa Grande de la Hispanidad» (del discurso de García Sanchiz ante la R.A.E. de la Lengua).

b) Freno al imperialismo norteamericano, estrechando los lazos de amistad:

Al norte del continente, el coloso angloamericano se está convirtiendo en la mayor potencia mundial y amenaza la grandeza española —no perdida para los autores oficialistas— con su neoimperialismo. España se siente profundamente herida en su ser interno, pues puede perder su permanente primacía, siempre soñada. Cualquier interferencia de la potencia norteamericana en una tierra que considera «carne de su carne» deja honda huella en nuestros escritores, que incluso se hacen eco de las reivindicaciones territoriales de una nación hermana como Méjico. Esto nos dice Iracheta:

*Aquel águila un día desde norteñas brumas
al águila de Méjico le dejó despojada
de sus mejores plumas,
privándolo de ser de sus destinos dueño
y viéndose por siempre amenazado
¡América española, el águila norteña
nunca se ve ni se verá saciada!*

IV.2.4.3. Libertad: regulada por y al servicio del régimen

Una de las características del panorama ideológico español de la postguerra es la revitalización de las concepciones católicas tradicionales en todos los aspectos de la vida nacional. Se vuelve a un concepto tradicional de la libertad, en contraposición con las «falsas libertades» del liberalismo, cuya doctrina se basa en la noción de «naturaleza propia», diferentes en cada ser, específica de la época áurea de la escolástica medieval. Según esta tesis, no existe una Libertad general y abstracta, sino numerosas libertades, tantas como personas, pues cada hombre es una criatura diferente y posee la libertad que le corresponde según su naturaleza «querida por Dios», en el marco de un todo social orgánico y diferenciado. Es una Libertad dinámica, la Libertad para hacer alguna cosa, que se refiere a la propia naturaleza, a la función específica de cada uno, totalmente contrapuesta a la concepción liberal que identifica libertad con «ausencia de lazos». En este sentido, el pensamiento tradicional entiende la Libertad como «servicio» a un ideal elevado a Dios, la Patria, el Imperio.

- a) La adhesión de la juventud al régimen nacional-sindicalista y al imperio: unidad, obediencia, jerarquía

Una de las principales preocupaciones del nuevo régimen surgido de la guerra civil es conseguir la adhesión «inquebrantable» de la juventud («juventud nacional-sindicalista imperial») a los ideales del Movimiento Nacional (el Frente de Juventudes sería la obra predilecta del régimen). Esta adhesión es imprescindible teóricamente para el nuevo Estado que justifica su existencia como un «movimiento» de salvación nacional tendente a romper con el pasado más inmediato, superando la desintegración española y devolviendo a la Patria su sentido histórico, su destino universal, mediante un retorno a los ideales españoles genuinamente tradicionales. Tres son los nuevos mitos del régimen (o «ideas-fuerzas»): LA TRADICION, entendida, según Manuel Ferrandis, como una realidad «dinámica, inquieta y, si es preciso, revolucionaria». LA JUVENTUD, a la que se canta constantemente, como nos lo muestran los ejemplos de los *Versos triunfales* de Iracheta: a la *Juventud del Ejército*; *La Juventud falangista*; *La juventud invencible de la fuerte Navarra*; etcétera. EL IMPERIO, entendido por Ferrandis como «... Imperio fraterno y espiritual de la Hispanidad... sentido por todos los miembros de la Gran España, en cumplimiento pleno de un destino universal». La misión de la juventud en el régimen, según la propaganda, es el afianzamiento y la realización de los ideales de la «Revolución Nacional Sindicalista». Los versos que siguen son de Iracheta, de su obra citada:

*Todos al servicio de España nos debemos, todos a una
tengamos la fortuna de ofrendarle en supremo sacrificio
y el propio bienestar, en aras del glorioso Estado
Nacional Sindicalista, fruto maravilloso de nuestra
dura y larga Reconquista.*

Las consignas de la propaganda a este respecto son claras:

*«... de todas las virtudes de más alta valía
obediencia, unidad y jerarquía».*

- b) Búsqueda de fórmulas culturales adaptadas a los principios ideológicos del sistema:

En la inmediata postguerra asistimos a la aparición de una «nueva cultura», adaptada a las necesidades propagandísticas del sistema y claramente vinculada a la tradición histórica española. De la intencionalidad propagandística del planteamiento cultural nos da la idea estas palabras de Luis Astrana Marín en su *Haces de flechas*:

*debemos evitar que el mal se prolongue
más allá de la propia muerte y hacer
posible que el hombre conozca el corazón
del hombre para que el mal no le sobreviva.*

Entre los autores de la Antigüedad clásica, se atiende especialmente al filósofo cordobés Séneca, que en la penúltima carta de las ciento veinticuatro que dirigió a Lucilio, critica ásperamente a los trasnochadores y estimula la laboriosidad. También asistimos en este período a una revitalización del flamenco, tal y como señala el ensayo de Astrana Marín *Revelación de la música árabe*, dedicado al musicólogo Julián Ribera, quien desentrañó el misterio de la notación árabe.

Otro aspecto característico es la recuperación de la literatura religiosa ascética y mística. De ello dan buen prueba los ensayos del citado Astrana: *Santa Catalina de Siena; Milagros, mitos y costumbres; Perfil de Santa Teresa*; etcétera.

Se rinde, también, elogio a las letras castellanas, especialmente a Cervantes y los autores del Siglo de Oro. Es de destacar la contraposición entre Calderón y Shakespeare, que encontramos en el ensayo *Soñemos, alma, soñemos*, en donde se analizan comparativamente las concepciones filosóficas de uno y otro autor.

Al mismo tiempo, hay en esta etapa de la historia española un apoyo al teatro popular —por ejemplo, el de los hermanos Álvarez Quintero— tal y como se desprende del discurso de García Sanchiz ante la Real Academia de la Lengua «Yo soy testigo de la devoción que el teatro quinteriano inspira en el mundo de habla española».

Asimismo, se exalta —como no podía ser por menos— la «fiesta nacional»: LOS TOROS, ampliamente arraigada en nuestra tradición.

Pero, dentro de las nuevas perspectivas culturales que se pretenden imponer, merecen especial atención las teorías que sobre el teatro mantiene el jesuita Ramón Cué en su obra *Y el Imperio volvía...*

La decadencia del teatro se habría producido desde el Renacimiento, fecha desde la cual había pasado progresivamente de ser un «arte totalitario» a convertirse en teatro de salón. La línea teatral que ahora se quiere recuperar es la tradicional y popular que enlazaría directamente con nuestro Siglo de Oro. Manuel de Montoliú, en el prólogo a la obra de Cué, es quien expone su peculiar percepción de la evolución del Teatro cuya culminación debe ser una nueva formulación del mismo: «Ha llegado ya la hora de ensayar una nueva forma de teatro que responda a esta nueva y grande realidad española, inspirada en el ideal del *Imperium*, esto es, la exaltación consciente del poder y la autoridad del Estado». Más expresivo no puede ser el prologuista: La cultura —en este caso teatral— como instrumento del régimen. No obstante, por si todavía no estaba suficientemente claro, el autor remarca esta intención en su *Autocrítica*: «La poesía purificará y sublimará el patriotismo, y olvidando las ruindades de la vida real, elevará por unas horas las almas de los españoles a un terreno ideal y puro donde todos se sentirán más españoles y gritarán con ardor (guerrero) ¡Arriba España!». Pero es más, el autor, está convencido de descubrir una nueva manera de hacer teatro, el «Teatro

del Imperium», como si de un nuevo Lope se tratara. Sintetizando, su modelo se fundamentaría en los siguientes puntos: a) Su ligazón histórica con las obras del Siglo de Oro; b) técnica literaria no prefijada, sino a fijar en el inmediato futuro con la práctica; c) escenario al aire libre para conectar más estrechamente con el público; d) los personajes serían héroes históricos o representaciones simbólicas de los mismos; e) argumentos de índole patriótica, de exaltación de las grandes fiestas nacionales, entre las que él incluye la «Hispanidad», el «18 de julio», etcétera.

En definitiva, «Teatro, no de todos los días, sino de los momentos nacionales». La estructura de *Y el Imperio volvía...*, se enmarca perfectamente en estas coordenadas. Veamos, muy esquemáticamente, como se organiza la obra: Después de un *Prólogo*, «En el Imperio de Ayer», donde se narran las glorias guerreras nacionales, se pasa a la *Jornada Primera*, «Embajada Oriental», donde el «Coro de Rojos» quiere introducirse en España a la que hace una serie de promesas. Poco a poco, va expulsando al «Coro de la Tradición», mientras el poeta pide a los personajes de «España» y «Pueblo» que no caigan en vanas tentaciones. Pero acaba la jornada con el engaño al «Pueblo» que cae en manos de los «Rojos». En la *Jornada Segunda*, «Juicio y condenación de España», España es llevada a juicio, «se secuestra la gloriosa bandera bicolor» y «el territorio nacional se divide y se vende entre los hijos ingratos que han perdido el amor a la madre». Se reniega del Pasado e incluso «se reta al Dios de España a un duelo a muerte». La *Jornada Tercera* o «Esclavitud de España» presenta los cinco años de la República, fatídicos «peores que la peste, el hambre y el incendio». La visión es la de una España en ruinas y postergada, con el pueblo silencioso. No obstante, el descontento cunde y los personajes «españoles» se comienzan a levantar en contra de la opresión. La *Jornada Cuarta*, «Nueva Reconquista», corresponde al 18 de julio. Un canto apasionado al ejército español que se levanta para salvar a «España», presa de los «Rojos». En el colmo de la exaltación, aparece, en esta jornada, el Mío Cid que, buscando entre la multitud de españoles, elige a Franco como jefe supremo al que deben servir y obedecer «con las acciones y los aceros». El propio Cisneros bendecirá su partida para expulsar a los comunistas. La *Jornada Quinta*, «Exaltación del Caído», es una tópica glorificación de un caído en el bando nacional; y el «Epílogo»; «En el Imperio de Hoy» realza el magnífico acontecimiento de la unción y consagración de España por parte de Cisneros.

Poco comentario necesita la obra en sí, pues se encuadra en el proceso de ensalzamiento y mitificación de la España nacional, católica y gloriosa, frente a la «barbarie roja» con límites de auténtico paroxismo con la aparición triunfal de Mío Cid, Cisneros o Santa Teresa en favor de los nacionales.

IV.2.5. Unión trono-altar: afirmación de la iglesia católica

Una de las características más relevantes del alzamiento del 18 de julio fue su enérgica defensa del Catolicismo en España, como reacción, sin duda, frente al anticlaricalismo republicano. Esta defensa de la Iglesia Católica, parte de la concepción propiamente tradicionalista de considerar la catolicidad como la esencia de la hispanidad. Todo ello lleva en la posguerra a la lógica revalorización del culto católico, declarado oficial. Especial significación guarda el culto a dos figuras religiosas: La Virgen (de Covadonga, del Pilar) y el Apóstol Santiago, patrón de España.

Ejemplo de todo ello lo encontramos en la obra del Padre Casimiro Cienfuegos *Cristo en la Escuela* en cuyo preámbulo se da una peculiar interpretación a la misión salvadora de Cristo: es la exaltación del ideal de la Cruzada.

*El Hijo del Hombre vuelve a la Escuela, bajo un
arco triunfal de aceros vencedores... sólo con
la espada vuelve a darnos su paz.*

También se insiste en la profunda relación entre la Iglesia Católica y la Hispanidad:

*Esta civilización cristiana que es el tuétano de la
Hispanidad, instituye a Cristo en la Escuela,
de donde le arrojó la Segunda República antiespañola,
además de incendiarle y destruirle su templo.*

En el poema *A la Virgen de Covadonga* se insiste en presentar a las figuras religiosas como inspiradoras y protectoras de la «Cruzada» contra lo antiespañol, encarnado en la República:

*¡Oh, Virgen de las Batallas
que eres la Virgen de la Victoria
Del luciferino encono
Las Boinas Rojas —sangre y rubies—
te rescataron el trono
—luna de España— donde sonríes.*

Asimismo, referencias al Apóstol Santiago, Patrón de España, como protector de las armas españolas encontramos en la obra del citado Luis Astrana Marín *Las luchas por el patronato de Santiago*, dentro de su libro *Haces de flechas*.

V. VISION POETICA DE LA VIDA COTIDIANA Y DE LA MENTALIDAD POSTBELICA

Para la mayoría comenzó un tiempo de silencio. Era la España real. Para otros, los propagandistas del nuevo régimen, de la sórdida miseria imperante renacería la esperanza en el futuro español. Era la España oficial. Todos, sin embargo, tuvieron que superar la soledad, la miseria, el dolor y, sobre todo, la desesperación. El hombre anónimo continuó viviendo. Para él no había cambiado nada, el mundo nuevo que le dijeron había ganado, resultó ser el de siempre: el de la insulsa y anodina existencia de todos los días. Le prometieron, también, el fin de la decadencia secular, pero no le proporcionaron el pan y la lumbre de la vida (ningún español sin pan, ningún hogar sin lumbre —decían las consignas oficiales). Y su generación, la generación perdida, comprendió que todo había cambiado para que todo siguiera igual.

Se predicó la caridad, pero el hombre de a pie sólo exigía justicia. Junto a su casa, roida y triste, vio edificarse suburbios enteros de hoja de lata y cartón, que borraron de la línea del horizonte su paisaje de campo y aire puro. En vez de espigas, vio crecer niños tristes y hambrientos, y apagarse al sol —la boca abierta al calor, como lagartos— viejos desheredados de esperanza. Vivieron hacinados pero solos. Tan solos como la señorita del cuento, acompañada siempre por su perrito (¿qué sabe nadie de lo que es el perro en su vida?). Tan faltos de comunicación como el caballero que recibe la carta esperada —carta que son palabras no presentidas, todo un mundo de dolor o de dicha— y no la abre porque prefiere aferrarse a la duda que enfrentarse con la felicidad o la desgracia; el triunfo o la derrota; la salvación o la muerte; el amor o el olvido. Su débil papel es el alto muro entre el ser y el no ser: «Vivir así es estar cerca de la muerte, y el morir se debe parecer que se abre la vida de verdad».

Su única riqueza la tuvieron en el recuerdo. Y su única esperanza en el anhelo. Desde su presente de miseria, añoranza de las emociones infantiles, y, también, ilusión de bienestar, de cosas bellas, de despensas llenas, de las primeras letras. Tras los sueños desvanecidos sólo quedó la melancolía. Ganó, como siempre, el más fuerte. La ambición no perdona, aunque se al espejo de la amargura íntima de toda una vida. Les quedó el dolor, dolor en su desgracia, como a pobres inválidos —mutilados de guerra—, cojos y ciegos de por vida que suicidaron su esperanza, encerrando su alma en otro abismo —como el de la existencia misma— de negra oscuridad.

La desesperación de la espera fue más fuerte que todos ellos. Espera que nació en el recuerdo —recuerdo de dentro a fuera— y se frustró en el presente. Ni cariño en la vida, ni matrimonio deseado, ni vocación cumplida, ni poesía para descubrir nuevos paisajes... Sólo vejez prematura: «En la hondura amarga de su alma quedó un vacío eterno, despiadado, aunque siguió esperando eternamente lo que creyó recobrar y se perdió para siempre».

Sin embargo, el tiempo ha pasado, dejemos — como dice el poeta — que los muertos entierren como Dios manda a sus muertos. De lo que fueron sólo nos queda un viejo muro y sobre él una verde yedra. Pero, «¡jamás comprenderá la yedra que sobre el viejo muro triunfó la gloria de su juventud, ni el muro reconocerá que su vejez amarga, la sostiene aquel abrazo verde de la yedra!».

VI. CONCLUSIONES

El análisis de las obras consultadas permite comprender los rasgos más acusados de la literatura postbélica, concebida por los panegiristas del «Estado Nacional» como un instrumento para lograr y reafirmar la adhesión de los españoles al régimen triunfante en una Guerra Civil «liberadora». Básicamente, los principios ideológicos más reiterados fueron:

1º Predominio de las alusiones al militarismo, insistiendo tanto en los hitos bélicos como en las figuras más prestigiosas del bando nacional, durante la contienda.

2º Concepción de la guerra como una nueva y definitiva Cruzada contra el nuevo «infiel» republicano. Y configuración del conflicto como «guerra santa», asumida por la jerarquía católica influida por la persecución de que fue objeto en la etapa republicana. En este sentido es de subrayar la actitud del Primado de España, Gomá.

3º Junto a la mitificación del bando nacional aparecen críticas feroces al adversario ideológico. Un acusado maniqueísmo se refleja en la propaganda oficial. A los republicanos es imputable la decadencia de España, cuyas raíces se remontan al siglo XVIII; en contraposición, el nuevo régimen se alza como defensor de la verdad y de la esencia española. En este contexto, son mitificados al máximo los gloriosos caídos, sobresaliendo los ejemplos de Calvo Sotelo y José Antonio.

4º Justificación del Movimiento Nacional en los clásicos pensadores de la Tradición española: Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella... guía para revivir la «España Gloriosa» de la Reconquista, de los Reyes Católicos, de Carlos V y Felipe II, de la conquista de América, y de la Guerra de la Independencia.

5º Aprovechamiento de la cultura para la exaltación de la nueva España. El afán de entroncar con la gloria de las letras castellanas impulsó la revitalización de la literatura clásica del Siglo de Oro y la búsqueda de formas culturales (teatro popular y toros), instrumentalizados al servicio del régimen.

6º Las continuas apelaciones al patriotismo de la sana juventud de España, que asumiendo todos los valores patrios no duda en dejar todo y perder su vida

como prueba de entrega a su país. Preside las alabanzas a su extrema generosidad el afán didáctico de presentarla como ejemplo a imitar por las futuras generaciones.

7º Glorificación de los heroicos caídos, modelo sublime a seguir, que no se puede olvidar ni traicionar porque a su martirio se debe la gloria de la España unida y fuerte.

8º Hincapié en la decadencia del país, paralela a la castellana. En un alarde de simplificación histórica, se contempla la historia como una progresión de hitos críticos (grandeza/decadencia). Se rastrean y siguen las pautas e ideales del tradicional ser de España, para concluir que la crisis se gesta y acentúa en el siglo XVIII y culminar en la total desintegración de España durante el siglo XIX, especialmente, bajo los cinco años «malditos» (los «mal llamados años») de gestión republicana «contubernio judeo-masónico-comunista». Justificando así el Alzamiento como recuperación de los valores tradicionales, gracias a la figura «milagrosa y providencial» del Caudillo Franco, presentado también como salvador y configurador del destino «universal». Castilla habría dejado de ser «aldeana» para cumplir su destino histórico de rehacer de nuevo a España, robusteciendo su unidad en un Estado fuertemente centralizado, para superar peligrosos «separatismos».

9º Pero todo ello no pudo poner fin a las frustraciones que presidieron la vida cotidiana de la inmediata postguerra, cuando los españoles sintieron con crudeza soledad, hambre, marginación, desesperación, falta de amor e incomunicación...

Grandilocuencia, megalomanía y retoricismo, presentes en grado diverso — pero siempre acusado — en las obras consultadas ofrecen un fortísimo contraste con el estilo austero y recio de lo castellano que se pretendía recuperar. Los autores utilizados tuvieron exclusivamente un éxito coyuntural, circunscrito al tiempo de la inmediata postguerra que habían pretendido ensalzar. Luego se diluirían, salvo Tovar, en el más absoluto de los anonimatos.

ANEXO: ELENCO DE AUTORES CONSULTADOS

— Martín ALONSO, en su *Piedras de Romancero*, ofrece una remembranza de las heroicas virtudes tradicionales del ser castellano. El libro está dedicado a D. Narciso Alonso Cortés y con un ofrecimiento «a la España de Franco» que, en frase del autor «renace en un temple de castellanía y en la nostalgia y voluntad de un Imperio».

— Luis ASTRANA MARIN, erudito, tradujo las obras completas de Shakespeare, y autor de diversas biografías de autores clásicos españoles, presenta su *Haces de Flechas*, dedicado «al eminente escritor Narciso Alonso Cortés», y con un *proludium* a Tomás Borrás, donde se comparan los haces de flechas con gavillas de trigo, y se manifiesta que su libro no versa sobre la paz, sino que es de paz.

— Casimiro CIENFUEGOS, dedica su *Cancionero de la guerra* al caudillo Franco, «salvador de la Civilización Occidental y de España» y, también, al general Aranda, «héroe glorioso de la epopeya de Oviedo». El libro contiene un autógrafo del propio general Aranda a nuestro poeta, como «signo de mutua comprensión y muestra de leal hermandad entre las letras y las armas». En su *Cancionero* —poemas—, Cienfuegos se refiere a los primeros «mártires», al Principado de Asturias, a la bandera Roja y Gualda, a la paz en la guerra —poemas de retaguardia—, a los héroes militares de la guerra, a otros héroes anónimos, al lema del nuevo Estado: una Patria, un Estado, un Caudillo, etcétera.

— Joaquín de ENTRAMBASAGUAS, en su librito *El alma sorprendida*, colección de veinte ensayos cortos, proporciona la visión poética —triste y desesperada— de la vida cotidiana de la inmediata postguerra.

— Francisco Javier MARTIN ABRIL, con su *Luna de Septiembre*, dedicado a Alonso Cortés, «siempre maestro», aparece como una excepción. Su librito corto de poemas líricos es netamente poético: «Ay, la luna de Septiembre/ saliendo por la montaña,/ cuando se queda el pinar/ sin pisada...

— Nicomedes SANZ y RUIZ DE LA PEÑA, con su *Doña Juana I de Castilla*, pretende acercarnos a la reina loca a través de una biografía vulgarizadora de su figura trágica: «historia trazada para que pueda llegar el alma española».

— El jesuita Ramón CUE ROMANO, en su *Y el Imperio volvía...*, pergeñó un poema coral-dramático en cinco jornadas con un prólogo y un epílogo, con la intención de revolucionar el género teatral, a la manera de *El arte nuevo de hacer comedias* de Lope de Vega, porque «ha llegado la hora de ensayar una nueva forma de teatro que responda a esta nueva y grande realidad española inspirada en el ideal del Imperium, esto es, la exaltación consciente del poder y de la autoridad del Estado y la fuerza expansiva del espíritu nacional». La portada y contraportada del libro es una sinfonía de yugos y flechas, espadas y coronas, que realzan, más si cabe, la vocación de imperio de que hace continua gala el autor.

— Manuel FERRANDIS TORRES, catedrático de Historia de España Moderna y Contemporánea, tituló su discurso leído en la Universidad Literaria de Valladolid (en la apertura del curso académico 1940-1941) *La coyuntura de España*. Contiene dos dedicatorias, una, al caudillo Franco, «guía y norte de los destinos de España»; otra, al ministro de Educación Nacional, «en cuyas manos, firmes y seguras, se gesta el resurgir de la Universidad española». Presenta las tres coyunturas, en su opinión, decisivas de la historia de España: 1ª) el descubri-

miento de América; 2ª) la guerra contra el francés; 3ª) la guerra de Liberación de 1936-1939. Concluye su disertación con una fervorosa exhortación. «También para nuestra Universidad se presentó la gran coyuntura (...) en todos predominó el deseo ecuaníme de saberla aprovechar».

— Francisco de IRACHETA y MARCORT, conocido como el «poeta militar de España», escribió *La patria me hace cantar*, que conoció un gran éxito de crítica, como demuestran los encendidos elogios que le dedicaron los periódicos más importantes del momento, *ABC*, por ejemplo, le definió como: «cantor apasionado de la Patria y el Ejército cuando estos sentimientos atravesaban hondas crisis». El *YA*, expresó: «el autor es dueño de la manera clásica, sus versos son enérgicos y rotundos». Y, finalmente, el diario *MADRID* manifestó: «Iracheta nos da una gran lección de patriotismo... es un magnífico guía de juventudes marciales».

— José María IRIBARREN, en su *Retablo de curiosidades. Zambullida en el alma popular*, aportó una peculiar visión, pura-folklórica, del regionalismo navarro.

— José RICO DE ESTASEN, escribió una biografía apasionada sobre *El general Elío*, paradigma del absolutismo y fiel exponente de las ancestrales virtudes marciales. Escrito en Valencia, lo dedicó al general Aranda «... heroico colaborador del Caudillo en el rescate de la Patria...», que fue sucesor de su biografiado en la Capitanía General de Valencia.

— Rafael de BALBIN LUCAS, dedica su *Romances de Cruzada*, a la heroica memoria de su hermano Juan, que murió, «por Dios y por España», en la guerra civil. Presenta su obra con las siguientes frases: «Versos de guerra hechos por un poeta soldado que ha sorbido la entraña de la cruzada... para luego encauzar su emoción en rimas... de auténtica estirpe poética».

— Federico GARCIA SANCHIZ, profesional de la palabra hablada y propagandista de la España Nacional durante la Guerra Civil, en su discurso de recepción pública como académico de la Lengua, elevó el género de la «charla» a las más altas cotas, justificándolo de la siguiente manera: «en el ejercicio de esta profesión de charlar (...) me he dirigido a Reyes, y a Príncipes de la Milicia y de la Iglesia, a héroes y a mártires». Su encendida oratoria mereció las alabanzas de algunos personajes del momento, como Ramón Pérez de Ayala, quien escribió: «García Sanchiz ha creado un género oral», o Amezúa, que le atribuyó el triunfo de un nuevo género, sobre todo en América: las «charlas líricas». Para este escritor «nuestra guerra de Liberación — santa y bendita cruzada nacional — pondría aún más de manifiesto la calidad limpia y nobilísima del arte de García Sanchiz». En efecto, durante la contienda fue nombrado «Hermano honorario de la Cofradía de la Virgen del Alcázar», y llevó el mensaje de su palabra a las ciudades heroicas de Oviedo, Teruel y Huesca.

— Antonio TOVAR, con el tiempo maestro de filólogos, y en los años cuarenta joven jerarquía de la Falange, dedicó su libro, *En el primer giro. Estudios sobre la Antigüedad*, a sus maestros Alonso Cortés y Mergelina. Obra inicial donde abordó el análisis del mundo antiguo, que le atraía por vocación poderosamente, adoleció de un fortísimo condicionante en el planteamiento. Contemplada desde la perspectiva de las fechas dramáticas de 1933 a 1941 utilizó —en el sentido más amplio del término— la decadencia de la Grecia clásica, al atribuirle, fundamentalmente, a la lucha de clases y al localismo. En su manipulación histórica, Tovar fue aún más lejos: extrapoló esa decadencia a la realidad del mundo Occidental de su época en general, y de España en particular, afirmó que nuestro país podría superar la disolución de su misma esencia gracias a la revolución nacional-sindicalista.